



Las pausas de la **TIERRA**

Conversación con Luciano Pool



Vinculado con la poesía, con la tierra, con las nostalgias y la buena conversación, en esta plática Luciano Pool Novelo nos comparte algunas experiencias sobre la relación entre sistemas productivos y la vida comunitaria.

Luciano Pool es técnico del Departamento de Manejo y Fertilidad de Suelos del Área de Sistemas de Producción Alternativos de ECOSUR. Es maestro en Edafología por el Colegio de Postgraduados y ha trabajado sobre sistemas agrícolas tradicionales, con énfasis en el manejo de suelos.

¿De dónde eres y qué es lo que más recuerdas de tu infancia?

Soy de Hopelchén, Campeche. A los 20 años salí de mi pueblo y regresé al estado unos 27 años después. De mi infancia recuerdo que yo siempre fui libre: andaba en las huertas, comiendo frutas en los árboles, con resotera tirando pájaros, jugando canicas con los amigos o yendo al monte a cortar leña; a veces mi papá me llevaba a la milpa para traer el maíz que cosechaba. En noviembre, en días de muertos, salíamos en la madrugada y había mucha neblina. Yo andaba en bicicleta y esa neblina me mojaba el cabello y la cara. Un recuerdo muy marcado es que en la época de quemas –en abril, semana santa– el sol se ponía muy rojo y se podía ver directamente. Hablo de quemas porque la región de donde yo vengo era de roza, tumba y quema. Ahora es de agricultura menonita, muy diferente.

¿Cómo es la agricultura menonita?

Es una agricultura mecanizada y con muchos agroquímicos. Antes de eso se acostumbraba rozar, tumbar, quemar, sembrar, cosechar y luego dejar descansar el monte bastante tiempo, hasta 20 años. Se podía porque había bastante monte donde sembrar; la población era poca y casi no había propiedad privada.

¿En qué momento se dio el cambio?

Los terrenos nacionales fueron cambiando a propiedad privada y se fueron

acotando los espacios donde se podía hacer agricultura migratoria de roza, tumba y quema. A fines de los setenta y los ochenta se estableció el programa de desmontes para la mecanización de las tierras. Los grandes cambios se consolidaron con la llegada de los menonitas.

¿Qué otros factores hubo en el resto de la República Mexicana que propiciaron el cambio de agricultura?

La presión demográfica humana es un factor muy importante y se fue dando al mismo tiempo que el acaparamiento de tierras en propiedades privadas, en latifundios. Eso genera una presión mayor sobre el terreno y conduce a la gente campesina a no tener opciones ni capital para producir; abandonan el campo y se concentran en las cabeceras municipales, cabeceras estatales y en grandes ciudades, trabajando en servicios, industria y labores muy distintas a la agrícola.

¿Qué ventajas ofrecía la agricultura de roza, tumba y quema?

Una muy importante es que el capital estaba en la vegetación, en la naturaleza, y de manera inteligente se hacían las prácticas. No se requería dinero para producir, pues uno tenía su propia semilla, implementos rústicos para sembrar y cosechar, para el deshierbe, para tumbar el monte, y no se necesitaban fertilizantes, herbicidas, insecticidas ni pesticidas.

A escala simbólica y cultural ¿qué importancia tenía este sistema?

El dios de la agricultura y del maíz entre los mayas es a la vez el dios del monte. En ese sentido, el monte, la selva, no estaban desligados de la agricultura, eran parte de lo mismo y había toda una cultura de manejo de fuego, de coincidencia de la época de siembra y de dobla de las cañas de maíz con las fases de la luna... Muchas prácticas estaban asociadas a los ritmos de la naturaleza y ahora se están perdiendo; claro que todavía se realizan en algunas comunidades, especialmente en las zonas

más aisladas. Sin embargo, hay una presión muy fuerte del modernismo para adquirir insumos, semillas nuevas, agroquímicos. Hay gente que vive de eso, grandes compañías que presionan para que se transforme la agricultura tradicional. Además, las instituciones de apoyo para el campo propician los nuevos modelos en vez de los tradicionales. Y las comunidades que conservan sus valores culturales y siguen haciendo agricultura como hace 50 o 100 años, comienzan a tener problemas porque sus tierras se están acabando a causa de la entrada de potreros y grandes áreas para el manejo ganadero.

También se acusa al sistema de roza, tumba y quema de causar incendios forestales...

Yo pienso que este sistema manejado inteligentemente, con controles, no es tan problemático en relación con los incendios. Cuando estuve en Chiapas vi cómo las autoridades se dirigían a los indígenas, culpando totalmente de los incendios a la agricultura de roza, tumba y quema, sin aceptar que cualquiera que tire un cerillo o un cigarro a la orilla de la carretera puede causar un incendio, o que los fuegos podían ser inducidos por gente que tenía interés en que paulatinamente los terrenos se fueran convirtiendo en pastizales o campos ganaderos. El discurso sobre la causa de los incendios fue cambiando, aceptando que también son ocasionados por otras fuentes. En Campeche sucedió algo similar, pero aquí hay una mayor conciencia de que el problema de los incendios va mucho más allá de la agricultura que utiliza el fuego.



¿En qué ha consistido tu trabajo en ECOSUR?

Comencé haciendo estudios de leguminosas y luego fuimos adentrándonos a la agricultura de los Altos de Chiapas, particularmente en el sistema de "año y vez" en el municipio de Chamula. Año y vez funciona con un tiempo de cultivo y otro de descanso, que puede ser un año y un año, o dos de cultivo y tres de descanso; varía dependiendo de la calidad de la tierra. Este sistema y el de roza, tumba y quema son muy socorridos por la población indígena como estrategias para lo que podemos llamar agricultura sustentable. En ambos, la tierra necesita un descanso para poder mantener su capacidad productiva.

Después comenzamos con investigación participativa en Santa Martha, Chenalhó, para sentar las bases sólidas de un desarrollo comunitario autogestivo. Tras esa provechosa experiencia vinieron otros proyectos, hasta que volví a Campeche a trabajar en el municipio de Calakmul. En 1987 surgió una experiencia bastante interesante en Xpujil, donde se propuso una agricultura de conservación que incluye siembra de leguminosas como cultivos de cobertura y abonos verdes con prácticas de mecanización, pero en compatibilidad con prácticas tradicionales; este tipo de agricultura incluye labranza mínima y labranza de conservación. Ahora estoy participando en el Consejo Municipal de Desarrollo Rural Sustentable de Calakmul, en el cual queremos promover estos modelos de agricultura de conservación, sin utilizar agroquímicos, pesticidas ni mecanización indiscriminada. Esperamos también conseguir y promover el uso de

semillas de alto rendimiento que sean propias de la región, para no depender de esas semillas carísimas que nos venden las grandes compañías.

¿Hasta qué punto los pobladores van aceptando estos mecanismos alternativos?

La gente es inteligente, si se da cuenta de que algo va a funcionar y está dentro de sus posibilidades económicas y laborales, entonces lo toma. Lo que no funciona simplemente no lo toma. Participar y dialogar con la gente del campo ha traído nuevos aprendizajes, porque uno no tiene todas las verdades. Podemos tener el conocimiento de lo que funciona en cierto lugar del mundo, pero si eso se quiere ensayar en otro lugar, tiene que ser probado en el campo de los productores locales y tiene que ser validado por ellos. Tenemos que consultar y estar abiertos a que tal vez lo que proponemos no sirve. En estas experiencias de innovación, la validación de ideas implica un diálogo entre ambas partes.

¿Cómo es el descanso de la tierra y cómo se podría conseguir en las condiciones actuales?

Por poner un ejemplo, supongamos que tuviste que hacer un viaje forzoso y no había ni bicicleta, ni autobús, así que anduviste a pie. Resulta que además había un sol bárbaro, sin ninguna sombra. Llegaste al anochecer, sólo con deseos de tomar un poco de agua y dormir. Eso sería un descanso necesario, obligatorio. ¡Imagínate que no pudieras quedarte y tuvieras que seguir caminando toda la noche y todo el día siguiente! Hablando de la tierra, digamos que contamos con tierras de una calidad media o baja que pueden rendir sólo una o dos cosechas cada 20 años. Si la cultivas más seguido, la producción disminuye y conduce al agotamiento; para evitarlo se recurre al descanso.

Actualmente se desmonta más seguido y se realizan más cosechas, así que las tierras se están agotando. Sin embargo, debe haber suficiente capacidad productiva para dar el rendimiento

mínimo necesario que le diga al agricultor que vale la pena hacer agricultura; por eso conviene buscar la manera de que el descanso obligatorio que pide el monte se logre en menos tiempo. Para ello resultan muy efectivos los cultivos de cobertura (leguminosas o similares) que enriquecen la tierra, le dan fuerza y permiten un cultivo continuo o al menos más frecuente. En el contexto de una agricultura de conservación se busca que la tierra produzca sosteniblemente, que sin deteriorarla, el sistema sea redituable para el productor. Recuperemos pues al dios del monte y al dios de la agricultura, que son el mismo...

Y tú, ¿cómo descansas?

Oyendo música, conversando con los amigos, a veces leyendo, durmiendo, mirando a lo lejos... Cuando estamos "clavados" en el monitor de la computadora, a ratos es necesario quitarse los lentes, pensar en otras cosas y ver... contemplar el paisaje... Claro que también es importante apreciar el paisaje humano, salir a tomar un café y mirar el comportamiento de la gente.

¿Estas contemplaciones te inspiran cuando escribes poesía?

En parte. También las lecturas, porque no todo son lecturas técnicas; me gusta leer a Rosario Castellanos, Eraclio Zepeda y ese pensamiento libre de Jaime Sabines. Una influencia más es la música; hay cantantes que te dicen las cosas de una manera distinta. Otra experiencia es ver cómo vive la gente y cómo lucha por salir adelante. Todo esto me inspira para hacer mi trabajo, para escribir tanto las cuestiones técnicas como las humanas.

¿Qué te llevó por los caminos de la investigación?

Cuando salí de la escuela hace 28 años no sabía a qué me iba a dedicar, y tuve la oportunidad de trabajar con el maestro Efraim Hernández Xolocotzi, quien me fue induciendo en la experimentación en suelos, en roza, tumba y quema, en producción de maíz, y sutilmente me fue induciendo a un trabajo de investi-



gación. Él tenía fama de ser muy estricto, pero al tratarlo se podía descubrir su alta calidad humana, su solidaridad, aunque sí exigía mucho trabajo.

¿Qué sentiste al regresar a Campeche?

Me sentí muy a gusto. Honestamente yo no conocía Campeche como lo conozco ahora. Al trabajar, "meterse" a Calakmul, a Petenes y a otras comunidades, uno va conociendo realmente cómo es el lugar. No es lo mismo pasar y pasear, que conocer y vivir en un sitio. Todo eso ha sido muy importante. Además, mis padres ya eran grandes y quería estar cerca de ellos antes de que se fueran... Por otra parte, vivir en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, no fue fácil porque es tierra fría y yo soy de tierra caliente. El frío puede provocar que uno se sienta muy sólo, no sé por qué. En tierra fría siento que todo es más oscuro; en cambio, el calorcito sabroso provoca otro tipo de relaciones humanas, hace que en general la gente sea más extrovertida y brinda otras sensaciones.

Cuéntanos de los menonitas en tu estado.

Desde que comenzaron a llegar en los ochenta, estimo que haya habido unos 5,000 menonitas en la región. Se han extendido hacia donde están las mejores tierras, que son mecanizables, no inundables, y en ellas pueden utilizar toda la tecnología que tienen. Por eso es que su agricultura provocó cambios profundos. En el paisaje de roza, tumba y quema, sólo el 5 o 10% del terreno estaba desmontado al mismo tiempo; en cambio ahora hay un 80% de terreno desmontado, situación que transforma la dinámica de la lluvia, olas de calor que desvían o cambian la presión de los vientos, turbulencias mayores, granizo. Esto implica alteraciones en otros sistemas de producción.

¿Qué impacto social tiene la presencia de estas comunidades?

Bueno, muchos de ellos se están rebelando de vivir en sus campos y ya viven

en el pueblo. Juegan basquetbol en las canchas, toman cerveza, consumen alimentos en los puestos; son como gente del pueblo aunque no se mezclan mucho. Por una parte generan mucho ingreso, pero también hay sectores perjudicados, por ejemplo los productores de abejas.



La apicultura es una actividad fundamental en la región, la cual se ve afectada con el uso de insecticidas en la agricultura menonita, así que se agrega un problema más a otros del sector, como la africanización o la varroasis (enfermedad de las abejas que causa alta mortalidad en sus poblaciones).

Los menonitas también producen a gran escala carbón vegetal que obtienen cortando los árboles en las lomas pedregosas para venderlo en el Distrito Federal y otros lugares. Esto implica generación de recursos, pero al mismo tiempo se destruye vegetación que sirve de sustento a las abejas, y los apicultores tienen que trasladar a sus poblaciones de abejas mucho más lejos, con mayores costos.

Así que aunque hay sectores beneficiados por la presencia de los menonitas, también hay conflictos sociales, pues existe inconformidad por parte de agricultores y apicultores.

Ya que mencionas cómo se integran algunos de ellos a la vida del pueblo, ¿prefieres esta vida o la vida de la ciudad?

Yo pienso regresar a mi pueblo cuando se me acabe el trabajo, definitivamente. He vivido en Hermosillo, Mérida, Texcoco, San Cristóbal de Las Casas, Villahermosa, Campeche y un poco en el Distrito Federal, pero donde yo quiero vivir es en Hopelchén. Estar encerrado entre paredes, oyendo barullo y ruido de autos, no es vida. Ahora en Campeche vivo en un terreno alto que me permite sentir el viento del oriente, la brisa... esto parte de mis fijaciones de la infancia, de aquella vida libre que me marcó. En el terreno que tengo en mi pueblo deseo sentir eso nuevamente: el peso de la naturaleza, el aire, la sombra de los árboles, el canto de los pájaros, todo eso que es la vida.



Laura López es coordinadora editorial del Departamento de Difusión y Comunicación de ECOSUR (largoyti@scl.ecosur.mx).